

LA LITURGIA EN LAS GRANDES CIUDADES

El pasado mes de mayo tuvo lugar en Barcelona el Congreso Internacional de Pastoral de las Grandes Ciudades donde, como se describe en la crónica correspondiente incluida en el número 322 de la revista *Phase* (julio-agosto 2014), se abordaron los retos sobre la pastoral social en las grandes metrópolis. Este acontecimiento nos lleva a reflexionar brevemente acerca de las celebraciones litúrgicas en los grandes núcleos urbanos, cuyas características difieren en gran medida de los pueblos o pequeñas ciudades. Se trata de uno de los desafíos de la liturgia del siglo XXI.

En los inicios de la Iglesia, según indica el libro de los Hechos de los Apóstoles (2,44-47), la comunidad primitiva vivía como si de una familia se tratara, teniendo como base la enseñanza de los apóstoles, la vida común, la celebración eucarística y la oración. La celebración dominical de la Eucaristía reunía a los bautizados, siendo un vínculo entre ellos: «El día que llamamos del sol se celebra una reunión de todos los que moran en las ciudades o en los campos» (San JUSTINO, *Apología* 1, 67).

De modo que todos los creyentes en Cristo de una determinada localidad se conocían, compartían la vida, disfrutaban con las alegrías de cada uno, se ayudaban en las necesidades, se acompañaban en las penas, etc.

Sin embargo, este rasgo presente en la Iglesia primitiva no fue posible mantenerlo al crecer el número de cristianos. Las comunidades se iban haciendo cada vez más grandes y, por tanto, no

era posible mantener los vínculos de amistad y la relación familiar entre todos sus miembros.

En la actualidad, esta situación se encuentra acentuada en las comunidades cristianas de las grandes ciudades.

Además, a este rasgo, debemos añadir la gran movilidad que caracteriza nuestro mundo. Por una parte, hay personas que cambian de lugar de residencia, sea por un corto espacio de tiempo sea por un largo periodo, de modo que su comunidad cristiana de referencia también se ve modificada. Por

otra parte, dentro de una misma ciudad, hay gente que no acude siempre a las celebraciones de su parroquia, sino que acude a aquella que mejor le conviene en cada ocasión por ubicación, horarios celebrativos, etc. Y, finalmente, dentro de una misma parroquia, se ofrecen diferentes horarios para la misa dominical o diaria, impidiendo que todos los miembros de esa comunidad se conozcan pues no participan en las mismas celebraciones.

¿Cómo podemos romper este individualismo y utilitarismo de la fe que tantas veces encontramos en los creyentes del siglo XXI? ¿Cómo podemos recuperar este vínculo de cada uno con su comunidad cristiana, sintiéndose parte integrante de la familia de los bautizados?

En primer lugar, debemos potenciar el



sentido de pertenencia a la parroquia. Cada parroquia tiene sus miembros, los cuales son todas las personas que viven en la jurisdicción parroquial y aquellas otras que, sin tener el domicilio dentro de los límites de la parroquia, forman parte de esa comunidad por motivos afectivos, familiares u otros. Cada cristiano debería celebrar los sacramentos en su propia parroquia, compartiendo así, con el resto de miembros de la parroquia, su vida de fe.

Convendría, en segundo lugar, no multiplicar el número de misas simplemente por el hecho de ofrecer una variedad de horarios, a no ser que una afluencia masiva lo obligara. Otro tipo de actividades sociales tienen un horario único y a quien le interesan se organiza para acudir a conciertos, a representaciones teatrales, a eventos deportivos, a reuniones, a proyecciones cinematográficas. Cuando algo es valorado y deseado, se hace un esfuerzo por participar, dejando de lado otras ocupaciones. Lo que consideramos importante lo hacemos independientemente del grado de incomodidad que nos conlleve ejecutarlo. En cambio, la gran facilidad que damos para cumplir con el precepto dominical va, muchas veces, en detrimento de la propia celebración.

Finalmente, deberíamos destacar una misa dominical del resto, en la que resuenen los acontecimientos vividos por los miembros de la comunidad. A esa celebración se podría invitar a las familias que durante la semana han bautizado un hijo para que todos sean partícipes. Y se podría añadir una petición por ellos en la oración de los fieles y ofrecer a los neófitos a María al concluir la celebración. Si se desea un bautizo con

misa, podría administrarse en esa misma misa. También en esa misa principal tendrían lugar las primeras comuniones de los niños que en la parroquia reciben catequesis y las confirmaciones de los jóvenes. Igualmente podría administrarse una vez al año el sacramento de la unción de enfermos en esa misa. De la misma manera, en los avisos del final de la misa, se leerían las proclamas de aquellos miembros de la parroquia que desean contraer matrimonio. Por otra parte, se podría pedir por aquellos que murieron a lo largo de la semana, contando con la participación de sus familiares. Estas y otras iniciativas ayudarían a que los miembros de la comunidad vivieran como miembros de una gran familia que comparten, de algún modo, su vida de fe.

Ahora bien, no debemos olvidar que los cristianos formamos parte de una familia que supera los límites locales y así en cada misa recordamos que estamos unidos a la Iglesia que peregrina en la tierra, bajo el cayado del papa y del obispo de la diócesis correspondiente, a los difuntos que nos precedieron con el signo de la fe y a los santos que participan de la liturgia celestial. Por ello, aunque uno tenga una comunidad de referencia, puede acudir a misa, por una circunstancia concreta y de modo esporádico, a otro lugar diferente del suyo sintiéndose acogido y como en «su propia casa» en cualquier lugar donde haya un grupo de bautizados que celebra su fe ya que en medio de ellos está Cristo (cf. Mt 28,20) y son una expresión viva de la Iglesia (cf. Gal 3,27-28; SC 26).

JOSÉ ANTONIO GOÑI